

ridad la pretensión insostenible más dura que Strauss representa para la conciencia actual. El que, en contra de ello, la política se agote en formalidades y procedimientos, burocracia y justicia distributiva, pretensiones jurídicas y vías legales se ha convertido para nosotros, en el marco de una nación súbitamente unificada, en algo cuestionable. La totalidad más amplia de un continente que aún debe ser unificado como lo es Europa no allanará los problemas de falta de cohesión, sino que habrá de aumentarlos.

El que las formas de vida que pueden ser vividas en forma duraderas tengan que enlazarse con formas de vida ya vividas en forma duradera, el que, por tanto, el futuro se apoye sobre el pasado y no co-

mience, con la buena conciencia de la técnica social, a partir de la nada, permanece en todo caso un momento de verdad en el recuerdo que acompañara a la vida de Leo Strauss de un «Derecho Natural» desde el comienzo de los tiempos. Por supuesto que, en contra de Strauss, el pensamiento tendrá que anclarse históricamente para poder escapar de la pura perplejidad mediante la paradoja. En efecto, las formas de vida vinculantes, que no están puestas solamente para la disposición de valoraciones individuales de una «felicidad» subjetiva, provienen para nuestra comprensión no de los profetas o de reyes filósofos. Son más bien producto de la historia, son y continúan siendo magnitudes históricas.

## NOTAS

1. *Escritos completos, I: La crítica de la religión de Spinoza y otros escritos relacionados.*

2. Carl Schmitt, *Leo Strauss und «Der Begriff des Politischen»*. *Zu einem Dialog unter Abwesenden*, Metzler Verlag, Stuttgart, 1988.

3. Metzler Verlag, Stuttgart, 1996, 65 pp. (con una bibliografía de Strauss).

4. Leo Strauss, *Gesammelte Schriften I, Die Religionskritik Spinozas und zugehörige Schriften*, en colab. con Wiebke Meier, ed. de Heinrich Meier, Metzler Verlag, Stuttgart, 1996, 434 pp.

## EN BUSCA DE LA IZQUIERDA PERDIDA

Luis Salazar C.

JOSÉ WOLDENBERG,  
*Memoria de la izquierda*,  
México, Cal y Arena, 1998

El libro de José Woldenberg *Memoria de la izquierda* no es una historia académica, ni una reflexión con pretensiones teóricas. Es más bien una serie de relatos persona-

les de experiencias vividas por quien hoy preside, sorprendentemente, el Instituto Federal Electoral. No tiene sentido, entonces, hacer una reseña que reitere o discuta con argumentos lo que ahí se cuenta. Por eso me permito hablar más bien de las impresiones inmediatas que me provocó la lectura de este texto.

Leyendo primero en *Etcétera* (Semana-rio de cultura y política, dirigido por Raúl Trejo) y luego en el libro estos relatos recordé, en primer lugar, una tesis sostenida no hace mucho por Sartori, que respondiendo a la pregunta sobre lo que es la izquierda afirmaba tajantemente: la izquierda es la ética. O más precisamente, la izquierda es la política que se propone realizar ideales éticos, principios y valores éticos. No, entiéndase bien, porque otras posturas políticas no impliquen algún tipo de valores, no porque sólo los de izquierda puedan promover ideales, sino porque el reclamo y la indignación que constituyen a las muy variadas identidades de izquierda son, aunque sus propios promotores lo ignoren, fundamentalmente éticos. En este sentido, no es nada casual que las izquierdas de las que habla Woldenberg sean izquierdas que nacieron o por lo menos se renovaron bajo el impacto de ese gran movimiento que marcó la historia del país justamente por ser una explosión de indignación moral frente a los «usos y costumbres» de un sistema autoritario, de un sistema político que, independientemente de otras consideraciones y evaluaciones, se caracterizó desde su orígenes por su profundo y sistemático desprecio por la moralidad, en cualquiera de sus versiones.

En efecto, si el movimiento estudiantil del 68 desconcertó y confundió hasta la paranoia a los principales operadores de ese sistema fue, entre otras cosas, por el carácter intangible, inmaterial y si se quiere hasta ingenuo de un reclamo y de unas demandas que ponían en cuestión una concepción y una práctica amoral e inmoral de la autoridad y del poder. Que exigían algo tan sencillo como peligroso para un sistema habituado a tratar a los individuos como súbditos, como clientelas, como masas, como bases, pero nunca, ni de chiste, como personas, como ciuda-

danos, como legítimos titulares de derechos civiles y políticos que debían ser respetados y protegidos. En este sentido, la reacción espontánea, vigorosa, multiforme e imaginativa de los estudiantes y los profesores frente a la represión bárbara de unas manifestaciones por demás exiguas e irrelevantes, fue sobre todo una reacción de indignación moral, una reacción de exigencia ética de respeto a unas autoridades que, al parecer, seguían pensando que la moral es un árbol que da moras y que, por ende, sólo podían entender que se trataba de una conspiración filocomunista para desprestigiar y derrocar al gobierno.

Los relatos de Woldenberg tienen que ver entonces con las izquierdas que surgieron impulsadas o renovadas por esa explosión ética que fue el movimiento del 68, así como por su trágico desenlace. De ahí las hoy casi increíbles energías morales con que acometieron las luchas y tareas más diversas y hasta divergentes: desde los que asumieron las trágicas y equivocadas vías armadas, con su paradójicas mezclas de heroísmo y criminalidad, de abnegación y de fanatismo, hasta los que buscaron por diversas vías y con diferentes métodos acercarse al pueblo, a los obreros y campesinos, para descubrir a los agentes del cambio, pasando por los que, con denuedo y verticalidad ejemplares, se dieron a la tarea de construir sindicatos en universidades e institutos de educación superior. La izquierda de los setentas fue, en verdad, una multitud de izquierdas, cada una con sus estrategias, sus diagnósticos, sus propuestas y sus delirios. Pero la motivación básica de todas ellas, lo que impulsó a miles y miles de jóvenes y no tan jóvenes a comprometerse políticamente, a actuar y a jugársela en luchas y en organizaciones, fue, sin lugar a dudas, un sentimiento justiciero, una enorme y justificada indignación moral, una exigencia de civilidad y de civilización.

Lamentablemente, la mayor parte de los destacamentos de estas izquierdas, en ausencia de tradiciones culturales y políticas que posibilitaran una traducción democrática de esa indignación, asumimos los únicos códigos que la época y el mundo ponían al alcance, esto es, los códigos revolucionarios, marxistas, leninistas, maoístas o trotskistas. Códigos que parecían explicar con enorme sencillez no sólo el trauma de la represión en Tlatelolco, no sólo la arbitrariedad de los gobiernos y las autoridades, sino también la ingente desigualdad e injusticia social que agobiaba y agobia a la mayoría de los mexicanos. Códigos que entonces posibilitaban una traducción militante y sin fisuras de aquella indignación en términos de un compromiso total con las causas de la transformación revolucionaria de la sociedad.

Pues por imprescindible que sea, la indignación justiciera es una pasión que fácilmente ciega, que fácilmente conduce a la intolerancia, al resentimiento y al odio, y que, por ello, con enorme frecuencia, desemboca en un negativismo contestatario, en una visión primitiva de la política, para la que lo único que hace falta es la denuncia, la impugnación y, en el extremo, la destrucción de los enemigos, de los supuestos responsables de todos los males que abruma a la sociedad. El voluntarismo, el maximalismo, lo mismo que una concepción maniquea de los problemas sociales marcaron por ello fuertemente la mayor parte de los esfuerzos generosos, pero en buena medida ciegos de las izquierdas generadas por el 68 y sus secuelas. En este sentido, los relatos del libro que presentamos nos permiten recordar desde los vanos intentos de revivir a los comités de lucha en la UNAM, hasta las interminables asambleas y discusiones en las que prendió la idea de que, para fortalecer al movimiento sindical, era necesario que los propios profesores de los cen-

tros universitarios se asumieran como trabajadores y se organizaran sindicalmente.

Se trató, entre otras cosas, de un largo y complejo aprendizaje político, repleto de frustraciones, de deslumbramientos, de ilusiones quebradas, pero también de positiva afirmación de principios y valores, de causas justas, que habría de culminar en más de un sentido con la creación de una serie de sindicatos independientes en los centros de educación media-superior, pero sobre todo, merced a la reforma política de 1977, con el comienzo de la difícil e incabada conversión democrática de la mayor parte de las corrientes de las izquierdas mexicanas. Vista generalmente como una añagaza del sistema para cooperar a los rebeldes, esta reforma de hecho supondría la máxima conquista de todos los heterogéneos esfuerzos de las izquierdas, así fuera una conquista no planeada y ni siquiera deseada, así fuera vivida desconfiadamente como una refutación de la mayor parte de las expectativas de sus integrantes.

Pero esto me lleva a una segunda impresión que ya no concierne a las izquierdas recordadas por Woldenberg, sino a la impresionante cultura autoritaria que privaba no sólo en el sistema político y en el gobierno, sino en las propias universidades del país, por no hablar de los medios de comunicación de aquella época. Cuando leemos los relatos de libro, en efecto, sólo podemos preguntarnos por las razones por las que la mayoría de las autoridades universitarias asumieron posturas y reacciones poco menos que cavernarias frente a demandas acaso ocasionalmente excesivas y hasta académicamente riesgosas, pero que en el fondo reivindicaban cosas tan elementales como el reconocimiento de derechos laborales básicos y la creación de mecanismos propiamente académicos de contratación y evaluación. Que autoridades universitarias hayan re-

currido a todo tipo de provocaciones, truculencias, y hasta apelado a la fuerza pública para encarcelar y despedir a profesores e investigadores. Que otras hayan pretendido crear sindicatos blancos para evitar la organización sindical propiamente dicha. Y que las autoridades máximas del país hayan desatado esa persecución y ese acoso contra los trabajadores electricistas de la Tendencia Democrática, uno de los pocos destacamentos libres de la ignominia y la corrupción del sindicalismo oficialista, todo ello son cosas que hablan de una cultura profundamente autoritaria e inmoral, extendida en prácticamente todos los niveles de aquella sociedad, y que nos permiten medir la increíble distancia que nos separa, por fortuna, de aquellos tiempos. Contra los que hoy añoran esas épocas, contra los que interesadamente pretenden hacernos olvidar la barbarie de aquel sistema, pero también contra los que pretenden que nada ha cambiado para bien, la memoria de Woldenberg es un mentís tan necesario como tajante.

Con lo que paso a la última impresión que quisiera compartir con los lectores potenciales de esta *Memoria*. Por razones que el propio autor explica (su nombramiento como Consejero Presidente del Instituto Federal Electoral), el libro termina abruptamente en 1978, a pesar de que su plan original abarcaba hasta 1991 (fecha de su salida del PRD). Termina entonces justo cuando la reforma política y la experiencia determinan el abandono del horizonte revolucionario y la asunción del horizonte democrático para la mayor parte de las corrientes de izquierda. Se trató, como ya mencioné, de un proceso complejo y contradictorio que llevaría a desplazar en buena medida los esfuerzos por fortalecer e independizar del yugo corporativo a las organizaciones sociales populares, en beneficio de esfuerzos por construir partidos y referentes electorales, y por

conquistar el voto ciudadano. Algún día Woldenberg tendrá que cumplir su palabra y escribir la memoria de este intrincado proceso. Pero difícilmente me puedo quitar la impresión de que este giro, esta gran transformación democrática de las izquierdas, fue sin lugar a dudas un enorme avance político que, sin embargo, combinado con otros factores lamentables (las crisis recurrentes, el desastre del sistema educativo, el deterioro de los niveles de vida de millones de mexicanos), también generaría lo que me atrevo a denominar, no sin tristeza y pesadumbre, una *lumpenización* progresiva de las luchas y organizaciones populares. En efecto, cuando se observa el comportamiento actual de demasiados sindicatos universitarios, cuando se observa hoy la conducta de tantas movilizaciones sociales «independientes», cuando se considera incluso el tipo de liderazgos que encabezan las protestas y luchas de sectores marginados, empobrecidos y oprimidos, uno sólo puede preguntarse cuándo y cómo se perdió el sentido ético que inspiraba a las luchas y a las organizaciones de los años setenta, cómo y por qué se impusieron paulatinamente en demasiados activistas sociales concepciones ya no sólo negativas sino francamente irresponsables y depredatorias.

Tanto más por cuanto esa pérdida de principios, de ideales y valores también habría de minar fuertemente el sentido ético de la izquierda partidaria, al extremo de convertir su espectacular avance electoral en un reflejo especular de su asimilación a las tradiciones más lamentables de la vieja cultura priísta, corporativa, clientelar y, sobre todo, amoral. Todo sucede, en verdad, como si los grandes logros democráticos que el país y las izquierdas conquistaron con tanto esfuerzo, con tanta abnegación, con tanto sacrificio, se vieran profundamente contaminados por el espíritu amoral, cínico y oportunista

del viejo sistema autoritario. También los relatos de Woldenberg pueden servirnos entonces para evitar un optimismo fácil, para reconocer que nuestro tránsito democrático permanecerá incompleto mientras sigamos aceptando como algo natural que la ética y la política nada tienen que ver o, peor aún, que la moral es un mero insumo de una lucha descarnada por el poder.

En todo caso, sólo me queda agradecerle a Raúl Trejo, director de *Etcétera*, a Ra-

fael Pérez Gay, director de la editorial Cal y Arena, y sobre todo a José Woldenberg, autor de esta brillante memoria, la oportunidad de haber podido recordar y reflexionar sobre un pasado que pareciendo en tantos sentidos muy lejano, sigue siendo una premisa indispensable para pensar nuestro presente y, ojalá, para proponernos un futuro deseable y posible, un futuro en el que la moral ya no pueda ser solamente, nunca más, un árbol que da moras.

## EL LENGUAJE DE LOS DERECHOS

Corina Yturbe

JUAN ANTONIO CRUZ PARCERO,  
*El concepto de derecho subjetivo*,  
México, Fontamara, Col. Doctrina  
Jurídica Contemporánea, 1999

En el Prólogo de su libro, Juan Antonio Cruz nos cuenta que en los años ochenta se puso de moda el uso retórico del lenguaje de los derechos humanos. Se trataba, en efecto, de un uso que cumplía una función meramente ideológica, ya que dichos derechos eran violados de manera cotidiana. Fue esa característica de la vida mexicana lo que le llevó a convertirse en un «militante» de la causa de los derechos (p. 13). Y fue esa militancia lo que le condujo a emprender, como un primer paso de la larga tarea que consiste en consolidar una cultura democrática a través de la defensa de los derechos humanos, el análisis del concepto de derecho subjetivo, «armazón teórico de la noción de derechos humanos», como señala Manuel Atienza en su Introducción (p. 10).

No puede negarse que el lenguaje de

los derechos cumple una importante función práctica: las reivindicaciones de los movimientos que buscan la satisfacción de nuevas necesidades materiales y morales adquieren cierta fuerza cuando se plantean en términos de derechos. Sin embargo, a pesar de los numerosos intentos de análisis para encontrar una definición satisfactoria, el lenguaje de los derechos sigue siendo muy ambiguo, poco riguroso y con frecuencia es utilizado de manera meramente retórica. Muchas veces no se sabe, por ejemplo, si se habla de derechos meramente proclamados, o si se habla de derechos reconocidos y protegidos en un ordenamiento jurídico inspirado en los principios del constitucionalismo. Además, como escribe Cruz Parcero, «de [...] dificultades genuinas por definir los conceptos jurídicos han surgido una serie de teorías irreconciliables entre sí» (p. 158). Y es que, en efecto, la mayoría de los problemas empíricos y conceptuales dependen de los diferentes usos de las palabras, es decir, de las definiciones a me-